

El tiempo de los fantasmas

Durante décadas, lo sucedido en la Base Aérea de Talavera La Real en 1976 ha sido ocultado • Los archivos desclasificados permiten investigar una cara del país escondida a los historiadores y que revelan una España repleta de fantasmas

Pseudónimo: Juan Nadie

La Base Aérea de Talavera La Real está situada en las entrañas de las Vegas Bajas del río Guadiana, un territorio agrícola, plenamente afectado por el Plan Badajoz, en el que se extienden infinitas y fantasmales plantaciones de frutas y hortalizas. Trece kilómetros al sur se encuentra Badajoz con sus diáfanas dehesas de encinas milenarias. Al norte, las planicies de cebada y tomates terminan agonizando ante los zócalos paleozoicos que elevan las montañas de las apalachenses sierras interiores. Los agricultores de la comarca se han vuelto más áridos que la tierra: a las dificultades propias del clima mediterráneo y seco de la zona se han añadido los continuos hurtos. Por ello, los que no tienen ataduras sentimentales prefieren ya vender sus latifundios.

La zona militar se compone de un vastísimo terreno en donde los vecinos más cercanos se prorratan casas aisladas y distantes. La base aérea escolta, a lo largo de dos kilómetros, la carretera de Madrid-Lisboa –antigua Nacional V–, una recta de apariencia interminable. Para el viajante, desde uno u otro eje cardinal la base aérea se divisa como un punto en el confín del horizonte, asentándose sobre las monótonas y extensísimas vistas de la misma forma que el sol fija los océanos en el catalejo del marinero.

La mañana del sábado 13 de noviembre de 1976 los habitantes de Badajoz seguían su vida normal, pero en la base llevaban más de veinticuatro horas despiertos. Tras una noche atormentada por los incesantes disparos, la aurora había impuesto el silencio. Un asfixiante estado de psicosis colectiva iba a hacer que, quienes poco antes eran amigos, ahora se miraran como extraños, como si cualquiera pudiera ser un topo.

Los protagonistas

El viernes 12 de noviembre era el tercer día que José Manuel Trejo Chacón, como el resto de sus compañeros, permanecía acuartelado. Los militares consideraban que había peligro de golpe de estado (Adolfo Suárez debía formar gobierno y aún no había Constitución) y, por ello, habían tomado esa determinación. Al no poder salir, Trejo, que estaba en la policía militar y esa noche tenía guardia en combustibles, fue a hacer labores de limpieza en la nave. Era un hombre acostumbrado al sacrificio. Desde los doce años trabajaba en la frutería de su padre, y no tenía más aspiración cuando acabara el servicio que continuar en ese puesto. También casi desde los doce años lucía un bigote Chevron al estilo de Freddie Mercury que nunca abandonaría; denso, espeso, riguroso, el tipo de bigote que uno se imagina en los personajes rudos y vivos de Herman Melville. Ese cúmulo de pelo bruno era la ventana al espíritu de Trejo.

A las 23.00 horas Trejo entró en la sección de combustibles. Su amigo José Hidalgo iba con él al mando de su inseparable Nerón, un pastor alemán que había participado en la detención del Lute. Desde relevos hasta combustibles había dos kilómetros y los militares solían ir en jeep, pero Trejo e Hidalgo fueron a pie. De camino, pasaron por la torre de control y Trejo, aún colocándose la gorra, saludó a su más íntimo amigo, Ramón Carriles, sin saber que esa sería la última vez que hablaría con él.

El último que los vio en la base

Al igual que Trejo, Carriles era un apasionado de la música. Se pasaba las tardes en casa de Trejo, donde tocaban la guitarra y daban fiestas. Esa costumbre la trasladaron después a la base. A Carriles, de carácter taciturno, le vino muy bien que hicieran juntos la mili: Trejo era más alegre y abierto (“aprovechaba su físico de atleta, por el que en ocasiones le llamaban Bruce Lee, para impresionar a los compañeros: hacía saltos mortales o andaba haciendo el pino”).

Carriles era operador de teletipos de transmisiones para la preparación de vuelos. Su trabajo consistía en recoger los planes de vuelo que le mandaban e introducirles las cotas y los rumbos. Aquella noche tenía guardia, pero no hubo ningún vuelo. Lo más interesante había sido encontrarse a sus amigos Hidalgo, con quien dormía cama con cama, y Trejo.

–¡Eh! ¿A dónde vais?

–A combustibles –contestó Trejo–.

–¿Mañana quedamos para tocar la guitarra?

–Sí.

Tras ese encuentro todo fue extremadamente monótono hasta la 01:45 h, cuando varias ráfagas de cetme lo avivaron. Eso le pareció extremadamente anómalo (“meses antes un canario había disparado involuntariamente una ráfaga, por lo que todo el mundo desde entonces llevaba los fusiles sin montar”). Nada más oír las descargas pensó que habrían visto algo en combustibles, pero rápidamente descartó esa opción. “Combustibles era una zona peligrosa por el queroseno, con mucha capacidad de inflamación”, caviló, “así que a nadie se le ocurriría entrar ni para fumarse un cigarrillo.” Por eso, cuando cinco minutos más tarde sonó la alarma general, supuso que sería “uno de tantos simulacros que se hacían cada poco”.

El caos

Tras la generala, Carriles montó un cargador en su fusil de asalto Z-70 y se fue a su puesto, junto a la ventana de la torre. Se instauró el plan de defensa, y fue un desastre. Cuando vio pelotones de la policía militar hacia uno y otro lado, sobrevoló por su imaginación la idea del ataque terrorista (“pese a los esfuerzos que había hecho buscando motivos para no creerlo”). Entre la multitud vio pasar a Hidalgo con Nerón, que estaba llorando.

–¿Qué coño pasa?

–¡Ha habido problemas en combustibles...! ¡Trejo, Trejo...!

Se montaron controles en los perímetros de cabecera de pista y se formaron dos patrullas de veinte hombres, una enfrente de la otra, para cortar la Nacional V. Dos coches fueron acribillados esa noche al no responder al alto: la orden era disparar a todo el que pasara. El nerviosismo había hecho mella en los soldados, la mayoría veinteañeros: habían escuchado ráfagas de ametralladora y acto seguido se había activado un plan de seguridad sin conocimiento de quién era el enemigo. Los rumores de un ataque terrorista se extendían como la niebla. Al menor movimiento disparaban. En consecuencia, los situados enfrente abrían fuego de cobertura que, realmente, era ataque amigo: una bala atravesó la gorra del capitán Valderrama. En total, hubo más de quinientos disparos la noche del 12 de noviembre. Talavera, en alerta máxima por los atentados de ETA, se convirtió en Vietnam.

“En el radar no había aparecido ningún vuelo, ni se había avisado de alguno de incógnito: lo que hubiera allí estaba en tierra”

Aunque milagrosamente no hubo muertos ni heridos, el ambiente se enrareció cuando colocaron en el cuerpo de guardia un coche con más de cuarenta disparos que entraban por la chapa de un lado y salían por la del otro. No se dio ninguna explicación, tan solo una orden: “confidencialidad absoluta”. Las presiones fueron muy fuertes, así que ni entre ellos se habló del asunto: no pasar treinta años en una prisión militar era un motivo de peso.

El contexto

Lo que pasó en la Base Aérea de Talavera La Real solo puede aspirar a entenderse desde el conocimiento del momento tan convulso que vivía España. Eduardo González Calleja, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid, recuerda que 1976 fue un año especialmente delicado, pues había un gobierno no legitimado y de herencia franquista. González Calleja resalta que los GRAPO en esos momentos generaron incluso más terror que ETA. “Todos estos atentados afectaron notablemente en la consciencia de los militares, sobre todo la de los jefes oficiales que se sentían punto de mira de los terroristas”.

Miguel Embid es responsable del Laboratorio Nacional de Referencia de Metrología de Radiaciones Ionizantes (LMRI) en el Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas, creado en 1949 con el nombre de Junta de Energía Nuclear (JEN) y cuya existencia se mantuvo secreta hasta 1951. El fin principal de la JEN era la creación de una bomba atómica. Este objetivo se puso en manos del doctor Guillermo Velarde con el nombre de Proyecto Islero.

Embid afirma que el Proyecto Islero fue un fantasma: “La electrónica necesaria para que se produzca la criticidad que provoca la explosión era inalcanzable para España”. Lo importante, como veremos más adelante, es que todo el material nuclear radioactivo estaba en la JEN en 1976.

El hombre verde

Aquella noche del 12 de noviembre, tras despedirse de Carriles, Trejo e Hidalgo avanzaron hasta combustibles. Al llegar, a la 01:45 h., el perro Nerón notó algo y corrió hacia la alameda de eucaliptos que disimulaba la zona. En ese momento los soldados cargaron las armas. Oyeron un estruendo fuerte y vieron “un destello de luz violeta muy intenso”. Trejo cayó al suelo. Nerón, nervioso, comenzó a ladrar, pero no avanzó más. Al ver la quietud de un perro tan fiero y a su compañero en el suelo, Hidalgo vació dos cargadores: zzzz-bang-zzzz. “Había una figura de cuerpo verde y cabeza negra, con una altura de tres metros y suspendida a treinta centímetros sobre el suelo”, relatan.

Cuando cesaron los disparos llegó un jeep del cuerpo de guardia, pero con el alboroto no se pudieron comunicar. El soldado, asustado, volvió para atrás. Después acudió el sargento perrero San Miguel que, fiel a su fama de soldado de élite, no se amedrentó y llevó a Trejo al hospital de la base. Hidalgo se fue hacia el cuerpo de guardia para unirse al operativo de seguridad.

A la mañana siguiente, Fernández-Chiralt y San Miguel dijeron no encontrar señales ni desperfectos de ningún tipo tras la inspección. Ni rastro del supuesto hombre verde. Tampoco aparecieron los casquillos. Supusieron que “los plomos permanecieron en el interior del muro de hormigón”. Tras el registro del terreno, Fernández-Chiralt se encargó de los interrogatorios y concluyó que “el perro se desorientó y les contagió ese desasosiego”. Atribuyó lo ocurrido a la psicosis colectiva generada por la situación política del país y archivó todo en materia reservada: “los informes pasaron a un juez instructor en 1984; yo me desentendí a los pocos días de suceder, cuando los soldados salieron al hospital”, explica.

Los documentos, bajo el título de “Expediente Humanoide”, fueron desclasificados el 4 de diciembre de 1996. Los registros de los interrogatorios y los del análisis del terreno el 13 de noviembre por parte de San Miguel y Fernández-Chiralt se encuentran desaparecidos. No obstante, en dichos informes hallamos algo sorprendente: aunque oficialmente el asunto se elevó a una Autoridad Judicial para que elaborase las conclusiones, “no existe constancia del hecho en el Estado Mayor del Ejército del Aire.”

La oscuridad del hospital

El 27 de noviembre, Trejo fue trasladado al Hospital del Ejército del Aire de Madrid: tenía constantes pérdidas de visión, desmayos, náuseas y dolor de pecho. Estuvo ingresado en la habitación 209 de psiquiatría durante treinta y un días, de los cuales los primeros trece permaneció en un coma inducido por barbitúricos. Su historial clínico – *Paciente 15325*– tiene arrancados los expedientes de esos trece días, por lo que también debe considerarse información desaparecida.

Hidalgo, por su parte, comenzó a desarrollar meses después y con veintidós años, los síntomas del párkinson. Los médicos se limitaron a diagnosticarlo como consecuencia de “un descontrol del sistema nervioso central, causado por una fuerte impresión que no pudo asimilar”. En la actualidad, ha entrado en fase terminal.

Por la imposibilidad de que allí hubiese material nuclear (estaba en la JEN), Miguel Embid descarta completamente que las alucinaciones y síntomas posteriores fuesen causadas por radiación –como proponía Miguel Bibiloni, miembro del equipo de Velarde–. No obstante, Embid da la razón a Bibiloni en una cosa: “En esa época se podía inducir un fantasma”. De hecho, fue una práctica habitual durante la guerra fría.

Embid afirma que las radiaciones se han utilizado en hospitales militares para temas bélicos con el fin de eliminar mecanismos neuronales lineales (“el cerebro es agua casi en su totalidad y le afectan mucho las radiaciones ionizantes”). Cuando se aplican, el cerebro no tiene respuestas rápidas y busca otras vías para encontrarlas, lo que puede llevar a alucinaciones, mareos, pérdidas de memoria o alteraciones del lóbulo temporal.

Por otra parte, José Manuel Udías, profesor de Estructura de la Materia en la Universidad Complutense de Madrid, piensa que “es mucho más sencillo producir brotes psicóticos mediante sustancias químicas ingeridas o inhaladas, algo bastante documentado en experimentos militares”. Con radiación es poco efectivo, caro y deja rastro. Él opina que, para sembrar confusión y psicosis, “algo sencillo y usado con cierta frecuencia”, y conseguir que los que vieron algo no supieran muy bien qué recordar, el camino es el de las sustancias químicas. Su experiencia le dice que la radioactividad ha sido la explicación fácil que han ofrecido las instituciones para espantar posibles investigaciones acerca de los experimentos militares practicados en hospitales psiquiátricos.

Jesús Sánchez Parra, enfermero en el centro de salud de Mataporquera (Cantabria) explica que el gran procedimiento militar en ese momento era el tratamiento eléctrico de choque. También el pentobarbital (“la droga de la verdad”). Trece días aplicando este tipo de tratamientos pueden condicionar los recuerdos, así como cambiar el carácter de la persona.

Como vemos, hay distintas posibles explicaciones al cuadro clínico de Trejo (toda vez que la falta del historial médico hace imposible la comprobación), pero todas concluyen en que sus síntomas fueron provocados en un hospital militar. Más complicado es aclarar científicamente lo ocurrido con Hidalgo; cómo una persona tan joven pudo desarrollar repentinamente párkinson. Luis Gandía, profesor de Farmacología en la Universidad Autónoma de Madrid, explica el caso de Hidalgo mediante la inducción al parkinsonismo, que produce “síntomas similares a los de la enfermedad, pero sin llegar a producir esta”. Irene Chaves, profesora de Neurociencia en la UAM, apunta como Gandía a que Hidalgo padeció parkinsonismo, algo que se puede ocasionar de forma relativamente sencilla y con una gran cantidad de fármacos (“hay documentados más de cincuenta”).

Men in black

Veinticinco años después de lo ocurrido, Carriles volvió a encontrarse a Trejo en Badajoz. Sin embargo, notó que el que fuera su amigo íntimo lo miraba como a un desconocido. Lo vio desconfiado y huraño. Fumaba y nada quedaba de aquel atleta al que comparaban con Bruce Lee. Caro, un antiguo compañero de la base que lo había visto meses antes, ya

le había avisado: “Tiene una mirada rara, se ha vuelto paranoico”. Aunque ahora Trejo era una persona mucho más lacónica y reservada, Carriles se atrevió a preguntarle:

–¿Dónde estuviste todos estos años?

–En Bélgica.

–¿Y por qué has vuelto?

–Me perseguían los hombres de negro.